

HISTORIA ORAL DEL COMPONENTE AEREO MALVINAS

ACLARACION DE www.radarmalvinas.com.ar

El siguiente es el relato del entonces Comodoro Hector Luis DESTRI, quien se desempeñó como Jefe de la Base Aérea Militar Malvinas durante el Conflicto de Malvinas

RECORDANDO “LA PINGÜINERA”

Copyright © Hector Luis Destri



Publicado originalmente en *La Gaceta Malvinense* 09 de AVEGUEMA www.aveguema.org
El mismo está disponible en la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina

RECORDANDO “LA PINGÜINERA”

Tres días después del cese de fuego, en la cancha de fútbol de Puerto Argentino, unos 90 oficiales argentinos esperábamos al Chinook. El helicóptero nos trasladaría hasta un buque y, éste, definitivamente al continente. Otros compatriotas nos habían precedido por ese camino, y la noche anterior habíamos presenciado la interminable caravana de soldados y suboficiales que mediante un incesante ir y venir de barcasas subieron al gran transporte anclado en la bahía. A los oficiales, nos habían dejado para el último y, por consideración a nuestras jerarquías, prometido trasladarnos en helicóptero.

La cortesía británica y la esperanza de un pronto reencuentro con las familias nos ayudaban a olvidar el frío de aquel gris mediodía del 17 de junio del 82. No obstante, miré con desconfianza las caras adustas de los boinas rojas que nos rodeaban.

Más allá, las colinas recién nevadas del Sapper Hill servían de fondo al lento paseo de los guardias. ¡Si los cerros hablaran! Cuántas historias podrían contar esos testigos silenciosos de los encarnizados combates librados durante la noche de la máxima resistencia. La interminable noche del 13 al 14 de junio, cuando el cielo pareció estallar y pintarse de color anaranjado con el resplandor de las bengalas, las trazantes, las estelas de los misiles y con las ensordecedoras explosiones de obuses y morteros.

El Pudor de Morgan

Allí, a la intemperie, ateridos por la brisa helada, debíamos aguardar que nos llegara el momento de volar hacia el barco, y soportar el bochornoso cacheo a que nos sometían previamente. Palpaban el torso, exprimían los brazos y las piernas hasta los tobillos, buscando para requisar –y nunca devolver-, radios, cámaras fotográficas, cortaplumas, cuchillos y otros elementos no permitidos al combatiente cautivo. Ocultos entre mis ropas traía dos objetos muy preciados que temía perder si no ideaba algo con urgencia: una pequeña radio de óptimo alcance y un súper cortaplumas Vitorinox de 36 usos, con el emblema de Naciones Unidas, recuerdo de mis días en el Golán. Mientras esperaba mi turno, estudié la rutina de los inspectores, tratando de encontrarles una fisura en la tarea. De pronto, detecté que no palpaban las entrepiernas. *Caramba*, me dije. ¿*Pudor inglés?*, ¿*no habían leído Papillón?*, o simplemente una falla de procedimientos.

Aprovechando esa *debilidad del enemigo*, con disimulo saqué mi Vitorinox, que escondía en la caña del borceguí, y la acomodé en la intimidad de mi slip, rogando que no me incomodara ni se me cayera al caminar. Luego entregué *la Grundig* al Padre Gonzalo Pacheco,¹ nuestro solidario capellán que, fiel a su vocación apostólica, nos acompañaba al cautiverio. *Padre*, le dije, *si la pasa es suya*. Él aceptó con una sonrisa cómplice y respondió: *Déjelo por mi cuenta Comodoro*, al tiempo que ocultaba la radio en su bolso, debajo de sus ornamentos y la imagen de la Virgen.

Convencidos de que el riesgo valía la pena, simulamos un aire lo más natural posible y, los dos al mismo tiempo, enfrentamos el control. Ambos logramos el objetivo. Sin hablar, mirándonos de reojo, sobrepasamos el lugar donde revisaban. Las cámaras, cuchillos de caza, cortaplumas, y radios, productos de la requisa ya formaban un montículo. Algunos soldados ingleses daban vueltas alrededor del amontonamiento buscando *souvenirs*. Cuando encontraban un objeto que les gustaba, lo alzaban como a un tesoro, se lo mostraban entre ellos y lo guardaban. Magro botín para la soldadesca, que nunca fue devuelto, confirmando aquel proverbio nacido en los tiempos del pirata Morgan: *En la paz se castiga a los ladrones; en la guerra se los honra*.

A continuación, abordamos el Chinook de la RAF con el que esperábamos llegar al transporte naval. Como las horas de luz diurna eran escasas, para no perder tiempo, el helicóptero aguardaba la nueva tanda de prisioneros con los motores en marcha y, dejando de lado elementales normas de seguridad, una vez ocupados los cuarenta y cuatro asientos, otros veinte aproximadamente tuvimos que ubicarnos en cuclillas en el pasillo, sin cinturón. De todos modos, la perspectiva de vuelo corto hasta el buque y la ilusión de un pronto regreso a casa, restaba importancia a ese descuido.

Durante el despegue, mientras permanecía agachado, sentí un pinchazo frío de mi Vitorinox. El dolor me obligó a repasar los múltiples usos de ese cortaplumas sin funda que ocultaba en el slip: navaja,

¹ El Presbítero Gonzalo Pacheco, a los 54 años de edad y sin estado militar, fue Capellán de la Fuerza Aérea en Malvinas y soportó los 44 días de combate, los cañoneos navales y bombardeos a la Base Aérea, confortando a los soldados en sus trincheras y refugios. Repetidamente se negó a regresar al continente después de la capitulación y prefirió seguir nuestro incierto destino cuando dijo: *Recién ahora comienza mi apostolado*, como si en ese momento hubiera llegado a Malvinas y sin haber sufrido el persistente hostigamiento durante 44 días a nuestra base. Su solidaridad con nosotros, la fidelidad apostólica y su incólume vocación sacerdotal, lo convirtieron en el único Capellán de los 537 prisioneros de guerra argentinos. Además, a requerimiento de los ingleses fue voluntario para recuperar cuerpos de combatientes argentinos en el campo de batalla, donde aún había munición sin explotar, y darles cristiana sepultura.

tijeras, lupa y un tirabuzón afilado. Rápidamente lo reacomodé, ocultando mis extraños movimientos a las miradas atentas de los captores.

Cambio Drástico

Libre de molestias, a medida que el Chinook tomaba altura, a través de las ventanillas, comencé a divisar el puerto y algunos buques en la bahía. En la distancia, reconocí la península, el faro y nuestra heroica Base Aérea. Con la humedad brillaba la pista maltratada, aún operable pese a los remiendos del cráter que produjo la única bomba que la dañó y los dos impactos simulados que le hicimos para engañar a los aviones de observación.

Vista desde arriba, a la luz del día, parecía imposible que las tripulaciones de los Hércules argentinos hubiesen podido aterrizar de noche, en aquella franja de asfalto angosta, de tan sólo dieciséis metros usables y un balizamiento más que precario. Observando el paisaje, pensé en el privilegio que significaba haber sido testigo de la maestría y habilidad con la que habían piloteado los transporteros durante el puente aéreo. Presentí que, con seguridad, esa operación marcaría un hito en la historia de la aviación.

Los recuerdos nostálgicos de la lucha reciente se disiparon con rapidez. El Chinook, en lugar de dirigirse al encuentro del barco que supuestamente nos llevaría a casa, lo había sobrevolado, bajado al ras del agua y, como para que no lo vieran desde tierra donde aún quedaban decenas de prisioneros mirándonos, había virado hacia un rumbo general Oeste, en dirección al interior de la isla, alejándose del mar.

Alarmado, crucé una mirada interrogante con los Vicecomodoros Alegría y Gilobert que también se habían dado cuenta de la triquiñuela. También me pregunté por el propósito de haber montado aquella farsa y de engañarnos con el simulacro de un corto viaje en el Chinook. Un oficial del Ejército, en voz baja, exageró su percepción asegurando que nos iban a *boletear*. Los gestos, las murmuraciones de incertidumbre de mis acompañantes bastaron para confirmar mi duda y aumentaron mi pesimismo sobre el destino final del vuelo. Pasados unos 20 minutos, comenzamos a descender entre la llovizna y luego percibimos las maniobras previas al aterrizaje. Una vez en tierra, el Chinook bajó la rampa y dejó al descubierto un corredor humano flanqueado por soldados galeses, boinas verdes, aferrando sus fusiles en ristre, listos para emplearlos.

Lentamente, bajo la tenue cortina de gotas heladas que se ondulaba con el viento del rotor, caminamos hasta unas barrancas y galpones. Después, nos enteramos que se trataba del frigorífico San Carlos. El sendero de galeses terminó en la entrada de un corral de unos cuarenta metros por setenta, con una sola tranquera, rodeado por una doble barrera de alambre de púas en espiral. El piso estaba formado por un lodazal espeso, pegajoso. Las suelas de los calzados se adherían al lodo, y se debía forzar el paso para avanzar. Cada vez que conseguía levantar un pie producía un chasquido tan fuerte que me daba la sensación de andar por un campo de goma de mascar. Mientras avanzaba, me tomé un respiro y estudié el interior del corral.

Uniformemente distribuido, cada tres o cuatro metros afloraban unos cilindros de cementos de cincuenta centímetros de diámetro por treinta de alto. Supuse que esos pilares, algún día servirían para sostener las viguetas de un entablado, por ahora eran los únicos puntos secos del corral. Y allí comenzaron a subirse los prisioneros. Primero de a uno, luego de a dos y hasta de tres, abrazándose mutuamente para no caer, empezaron a pararse encima de los cilindros para evitar el barro. Después del drama que veníamos de vivir, el espectáculo resultaba cómico. Alguien, un antártico posiblemente, dijo que, manos en los bolsillos, capuchas levantadas, los prisioneros parecían pingüinos en los témpanos. En ese día, en ese mismo momento, aquel corral de aspecto tan tétrico y desagradable fue bautizado con el mote cariñoso de la *Pingüinera*.

Cuando entró el último de los pasajeros del Chinook, cerraron el portón. Los centinelas se colocaron alrededor del cerco, separados unos cuatro metros entre ellos, de frente a nosotros y aferrados a sus fusiles, mirándonos con recelo como si fuésemos fieras, pese a que ahora nos separaba la barrera de alambres de púas. Y yo pensé: *¡Cómo cambió la situación! ¡Qué derrumbe de ilusiones! ¡Cuánta incertidumbre frente a lo desconocido!...* Hacía no más de unos minutos estábamos listos para volver a nuestros hogares y ahora nos encontrábamos enjaulados a la intemperie, bajo una llovizna persistente, chapoteando en el lodo o parados sobre los pilotes y custodiados por unos amenazantes fusileros venidos desde Gales, a doce mil kilómetros de ese lugar.

Sin dudar un instante, encomendé al Padre Pacheco, que permanecía a mi lado, que tratara de comunicarse con uno de los guardias y le preguntara sobre nuestro futuro y si nos podían dar agua. El Capellán se acercó a quien resultó ser su colega británico y, de alguna manera, se hizo entender. Tras unos minutos, regresó con una información simple, precisa y hasta cierto punto tranquilizadora: el duro momento psicológico que atravesábamos no era más que una enseñanza, la adaptación que deben sufrir los recién llegados a un campo de concentración. Un shock que se superaba cuando se asumía el nuevo

status de *Prisioneros de Guerra*. Normalmente duraba unas horas. Luego nos alojarían en las barracas. Esa era la forma que habían elegido para hacernos entender que, el mando, la autoridad y la decisión sobre nuestra suerte, estaba en manos de los vencedores, y sin derecho a réplica.

Tomé conciencia de que debía infundir serenidad a mis subordinados. Los reuní en un improvisado semicírculo, al que se sumaron camaradas de otras Fuerzas. El Padre Pacheco repitió la información que, pese a su crudeza, los tranquilizó, pues alejó el temor de males inmediatos o de tener que pasar la noche de pié en la Pingüinera, haciendo equilibrio sobre los cilindros o chapoteando en el lodo bajo la llovizna.

A continuación improvisé una arenga:

Señores, después de soportar día y noche los infernales ataques ingleses, estamos aquí, enteros, con nuestros dos ojos y orejas intactos, con los brazos y piernas en buenas condiciones y todos los dedos enteros. Es decir, estamos físicamente sanos gracias a Dios. La pesadilla diaria del cañoneo naval y los bombardeos quedó atrás. Para nosotros se acabó la guerra y pese a la derrota final, podemos dormir tranquilos porque combatimos bien y cumplimos la misión asignada: Nuestra Base Aérea se mantuvo operable hasta el último día de combate. En este momento, no sabemos cuánto tiempo permaneceremos aquí; ni a donde nos llevarán, ni cuándo regresaremos a nuestros hogares. Pero sí sabemos cómo volveremos: volveremos enteros y en paz, con nuestra conciencia tranquila por la satisfacción del deber cumplido; y la frente alta, con orgullo por la forma como combatimos, nosotros en tierra y nuestros camaradas en el aire. Por ahora permaneceremos prisioneros y como sé que entre nosotros hay oficiales del GOE² que han hecho cursos de comandos, y se han adiestrado en circunstancias similares, les pido que alguno de ellos, brevemente, nos instruya sobre qué debe hacer un prisionero de guerra en estas condiciones.

Teoría y Práctica

De inmediato el Jefe del GOE, Vicecomodoro Luis Esteban Correa, designó al primer teniente Spadano que escuetamente explicó, sin titubeos y con firmeza:

Finalizados los combates, el prisionero de guerra no debe pensar en el pasado ni pensar en el futuro. Solo debe vivir el presente; intercambiar confidencias con los camaradas solamente y buscar una tarea manual para entretenerse.

Estos conceptos nos parecieron sabios y oportunos. Aún comentábamos el consejo, cuando vimos al Vicecomodoro Aranda Durañona revolviendo los restos de una hoguera extinguida. Era una parva renegrida de papeles, prendas de uniformes argentinos, elementos de campaña semiquemados. Con cuidado el Vicecomodoro extrajo un jarrito de metal abollado y, con una piedra, comenzó a rasparlo para quitarle la capa de hollín. Este Oficial ya había encontrado su primera tarea de prisionero de guerra. Viéndolo, pensé en mi Vitorinox e imaginé las múltiples utilidades que nos podría prestar³.

De ese modo, las vueltas de la vida militar nos había puesto frente a nuevas circunstancias y nosotros habíamos aceptado la propuesta de Spadano. Sólo quedaba demostrar quien tenía más predisposición para los trabajos manuales y se daba más maña para contribuir al bienestar del grupo. Pero, sobre todo, nos quedaba mostrar esa fuerza interior que se necesitaba para enfrentar las privaciones y vicisitudes que nos esperaban.

Y esa fue la actitud y el espíritu de los hombres de la Fuerza Aérea. Pese al rigor de las condiciones climáticas y anímicas que nos tocó soportar, permanecimos unidos con entereza, recibiendo instrucciones de los mandos naturales, preparados para afrontar una vivencia inédita para las Fuerzas Armadas Argentinas: prisioneros de guerra de una potencia imperial con más de 400 años de experiencia en esas lides. Raro privilegio, y última función del servicio del puñado de combatientes que, por amor a la Patria, fuimos a defender la soberanía de las Malvinas. Una función que cumplimos sin estridencias, con disciplina y convicción, confiando en el buen tino de nuestra Conducción Estratégica Nacional, aunque ignorando que en sus decisiones no habían profundizado el análisis del AFA⁴, del Principio Militar Fundamental, causa original de la derrota.

En nuestra prisión del frigorífico de San Carlos, una vez más se convalidó la síntesis genial de Ortega y Gasset: *el hombre y sus circunstancias*. Los prisioneros argentinos fuimos eso, un grupo de profesionales militares que nos adaptamos a los hechos, animados por el espíritu de cuerpo que nos inculcaron en la Escuela y por el entrañable consuelo de sentirnos más afortunados que los camaradas que regresaron mutilados y los héroes yacentes bajo la turba y las aguas gélidas del mar austral.

² GOE: Grupo de Operaciones Especiales, integrado por los "Comandos" de la Fuerza Aérea.

³ Ese cortaplumas, tuvo horario y turnos de empleo, ya que fue requerido por varios prisioneros. Yo mismo elaboré una cuchara de madera que aún conservo, lo mismo que el Com. ARANDA guarda su jarro de metal y el Padre Pacheco aún mantiene *la Grundig*.

⁴ AFA: Clásico y elemental análisis de Aptitud, Factibilidad y Aceptación para evaluar la viabilidad de una operación militar, que se enseña en los Cursos de Estado Mayor de todas las Fuerzas Armadas.

Hoy, a más de veinte años de aquella gesta, estoy convencido de que las humillaciones, carencias y penurias que padecimos como cautivos son simples anécdotas comparadas con la indiferencia con que fuimos tratados posteriormente. Sin tener nada que ver, compartimos el injusto sentimiento de culpa por la derrota con que se trató a los integrantes de las otras Fuerzas. Un tratamiento que les destruyó la autoestima ganada en los campos de batalla, luchando contra un enemigo de incomparable superioridad bélica, nivel NATO, ayudado por sus incondicionales aliados de sangre.